Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

LA PALABRA DE DIOS

¿Cómo debe ser enseñada y predicada?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-235-7
Depósito Legal: B-41284-94
Impreso en España por
Bigsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

Los escritos de San Juan de Ávila y del P. Séñeri son los que me han movido a hablar de la excelencia, del poder y de la eficacia de la palabra de Dios, de sus efectos y de la necesidad que tienen los pastores de almas de anunciarla y de cómo debe anunciarse.

Benedicto XV en su encíclica «Humani géneris Redemptionem», hablando de la eficacia de la palabra divina, nos recuerda que, merced a la predicación de esta palabra, se convirtió el mundo y se fundó la Iglesia; y, como quiera que es la ley de la Divina Providencia conservar las cosas por las mismas causas que les dieron el ser, esa palabra divina es la que debe conservar a través de los siglos y difundir el reino de Cristo, que es la Iglesia.

No obstante, ahí está el hecho tristísimo: hoy se predica mucho, y a pesar de ello va cundiendo de manera aterradora en el

pueblo cristiano la indiferencia religiosa y la inmoralidad de costumbres. ¿De dónde proviene esa esterilidad de la divina palabra? ¿Por ventura ha dejado de ser la palabra de Dios, tal como la llamaba el apóstol, viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos? ¿Acaso el uso continuado de esta espada ha embotado su corte? Ciertamente que si esta espada no ejerce en todos los sitios su eficacia, debe atribuirse a la culpa de los ministros que no la manejan como conviene.

Severa admonición del Vicario de Cristo, que denuncia una responsabilidad temerosa en cuantos ejercemos este sagrado «ministerio de la palabra». El escaso fruto de nuestra predicación, aunque a veces podamos atribuirlo a la indisposición espiritual de los fieles de nuestro auditorio, ¿no tendríamos que atribuirlo más bien a nosotros por no predicar en la forma conveniente?

No hay duda que para hacer fruto en las almas, el orador sagrado ha de estar adornado de las virtudes cristianas, promover la gloria de Dios y proponerse un fin digno, como es el de la santificación y salvación de las almas, y emplear también digna manera en la predicación.

Voy a hablaros de la palabra de Dios, de su eficacia, de la manera que podemos sacar de ella el debido fruto, tanto predicadores, como oyentes y lectores de la Biblia, en la que está contenida, y al final de este escrito pondré a la consideración de todos algunos ejemplos de predicadores llenos de celo por la salvación de las almas, que pueden servirnos de modelo para lograr el debido fruto con nuestra predicación.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 1 de mayo de 1994

LA PALABRA DE DIOS

¿Dónde tenemos ahora contenida esta palabra?

Tenemos que reconocer que Dios nos habla y que éste es un hecho histórico de gran transcendencia. *«Dios nos ha hablado primeramente por medio de los profetas, y últimamente por medio de su Hijo»* Jesucristo (Heb. 1,1-2) y sus palabras las tenemos especialmente en la Biblia, el libro más autorizado y el más admirable y también el más importante que hay en el mundo por ser el libro de la revelación divina.

Sabemos que Dios nos habla *por la naturaleza,* por cuanto *«el cielo, la tierra, la creación entera pregonan su poder y su divinidad»* (Rom. 1,19-20) y nos habla también *por nuestra conciencia,* voz interior que nos alaba y aprueba nuestras obras si son buenas, y nos las reprueba si son malas (Rom. 2,14s); pero especialmente *por la Biblia,* en la cual

tenemos su palabra escrita, y también *por el Magisterio de la Iglesia.*

La Biblia ha sido confiada a su Iglesia (a la Iglesia docente, que son: el Papa, los obispos, y también los sacerdotes como colaboradores suyos) y ella nos la ha venido transmitiendo e interpretando a través de los siglos. Este tesoro de la palabra de Dios ha querido que nos fuera conservado.

También hemos de reconocer que oír a la Iglesia es oír al mismo Cristo, pues dijo a sus apóstoles y sucesores: *«El que a vosotros oye, a mi me oye, y el que os desprecia, a mi me desprecia»* (Lc. 10,16).

En consecuencia: En el sagrado libro de la Biblia tenemos la palabra de Dios, lo que Él ha dicho a los hombres, y por lo mismo, deber de los fieles es leerla y escucharla cuando se les predica, y deber de los predicadores es anunciarla. Cuando leemos la Biblia, Dios nos habla.

La Biblia y su lectura

La lectura y el estudio de la Biblia nos es de suma importancia y necesidad a todos, por ser la «palabra de Dios escrita», la

que nos eleva y enseña el verdadero camino de la felicidad.

La lectura de la Biblia nos conduce a la reforma de las costumbres, porque sus enseñanzas tienden a desarraigar y destruir en nosotros todos los vicios. Quien la lea, reconocerá que ella clama contra la blasfemia, el robo, la impureza, la mentira y toda clase de pecados.

Pero hay que saberla leer, y para mejor entenderla, hay dos métodos: uno, empezar a leerla por los libros más fáciles: Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Cartas Católicas...; pasar luego al A. T. y leer algún libro como el de Tobías, libros Sapienciales, los de Samuel, etc. (Véase mi libro: *«Por qué y cómo leer la Biblia»*).

Y otro método, y que puede conducir a leerla desde el principio, una vez leído una de estas Biblias (que he hecho: Una LA BIBLIA EXPLICADA, y otra con menos explicaciones: LA BIBLIA ILUSTRADA Y COMENTADA con 200 láminas de Doré).

El Concilio Vaticano II exhorta a todos a leer con frecuencia las divinas Escrituras (DV.25), porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos y a su vez

alimenta la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la mortificación, el celo...

«Leer las Escrituras es un poderoso preservativo contra el pecado» (S. Juan Crisóstomo). «Leed con frecuencia las Escrituras; aún más, no dejéis nunca de la mano su lectura... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne» (San Jerónimo).

Jesucristo dijo: *«Es necesario que se cumpla todo lo escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»* (Lc. 24,44-46). *«Investigad las Escrituras, porque ellas dan testimonio de Mi»* (Jn. 5,39). La Biblia, pues, trata de Jesucristo y de Él han escrito su vida siglos antes los profetas, y por lo mismo conviene leer tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Limitarse a la lectura de la Biblia del N. T. solamente, sería como empezar a leer un libro por el último capítulo. En el A. T. está ya incluido en Nuevo, y en el Nuevo queda patente el Antiguo.

Tengamos en gran estima los Libros Santos, porque *«toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea*

perfecto y consumado en toda obra buena» (2 Tim. 3,16).

H. Heine, al final de su vida, dijo: «He vuelto a Dios, como el hijo pródigo. Debo mi iluminación sencillamente a la lectura de un libro. ¿De un libro? Sí, es un libro antiguo, modesto como la naturaleza, y también natural como ésta, un libro tan activo y sin pretensiones como el sol que nos calienta, como el pan que nos alimenta; un libro que nos parece benditamente bondadoso; y este libro se llama brevemente *el libro: la Biblia».*

Una persona no católica dijo en cierta ocasión a *O'Connell,* el insigne héroe de la libertad irlandesa, que es una necedad creer en la presencia real de Jesucristo en el sacramento del altar. O'Connell le contestó: «Arréglese usted con Jesucristo mismo. Él lo dijo y yo me atengo a sus palabras». En la Biblia están las palabras de la promesa y de la institución de la Eucaristía, y las de San Pablo... (véase mi libro: *«Breve Enciclopedia sobre el dogma cristiano»).*

Testimonios de los Santos Padres

«Si estando vosotros con hambre, os

pusiera delante pan, no llegaría íntegro a todos y cada uno: os lo repartiríais, y, cuantos más fuerais, tanto menos pan os tocaría. Pero ahora estoy hablando, y... uno lo oye todo, oyéndolo dos, oyéndolo todos muchos, y lo oirían cuantos viniesen y con un sólo sermón hay para todos, y cada cual lo tiene entero... Así podéis pensar como el Verbo de Dios está todo en el cielo y todo en la tierra, todo entre los ángeles y todo en el Padre...

»La palabra de Dios está vigente siempre, no perece nunca; la palabra del hombre apenas se ha pronunciado, se desvanece... Tu palabra, Dios mío, es fuente de vida eterna y no perece...

»La palabra de Dios es tu enemigo, si no te adaptas a ella. Mas si te adaptas, cuando empieza a agradarte lo que dice la palabra divina, la antigua adversaria se vuelve amiga» (San Agustín). La palabra de Dios nos pide fe.

—«Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios, para suspirar con más fervor por las cosas eternas» (S. Gregorio Magno).

—En darnos como nos dio a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra,

todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar... «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma» (San Juan de la Cruz).

—«La palabra de Dios es un fuego que abrasa para purificar la conciencia del pecador, pero no para perderle» (San Ambrosio).

—«El alma virtuosa busca aquella palabra que corrige, instruye e ilumina, fortifica la virtud, reforma las costumbres y dispone a la sabiduría, adorna el corazón, une el alma a Dios, la fecundiza en obras buenas, y colma de dicha.

»Si vuestro corazón está empedernido, acordaos de la Escritura, que dice: *Dios hará oír su voz, y ablandará el corazón* (Sal. 147). Y todavía: *Al punto que mi predilecto me habló, mi alma quedó enternecida* (Cant. 5). Si sois tibio, y teméis ser rechazado, no ceséis en la meditación de la palabra del Señor; y ella os abrasará, porque es todo fuego» (San Bernardo).

—San Jerónimo dice que la palabra de Dios es llamada fuego, porque hace que el alma que la recibe sea semejante al oro pu-

rificado en el horno... La palabra de Dios es un fuego, porque consume y destruye el moho y las inmundicias del pecado, de las pasiones y de los vicios...

Excelencia de la palabra de Dios

«La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que cuchillo de dos filos, pues penetra hasta la división de la vida y del alma, de las articulaciones y de las médulas y también es capaz de discernir los pensamientos e ideas del corazón. Y no hay cosa secreta e invisible en su presencia sino todas las cosas son desnudas y descubiertas a los ojos de Aquel, a quien tenemos que dar cuenta de nuestros actos» (Heb. 4, 12-13).

San Bernardo comenta: «La palabra de Dios es viva y eficaz; así que entra en el alma, la saca de su marasmo; mueve, ablanda y hiere el corazón, ese corazón endurecido, ese corazón de piedra y siempre enfermo. Empieza también a arrancar y a destruir, a edificar y plantar, a regar lo que era árido, a iluminar a los que estaban en tinieblas, a abrir lo cerrado, a abrasar lo helado,

a enderezar lo torcido, y a allanar los caminos tortuosos; de tal manera que entonces el alma bendice al Señor, y todas sus facultades alaban su santo nombre».

El Señor dice por boca del profeta Isaías: *«Como baja la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mi vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión»* (Is. 55,10-11).

«Bienaventurados, dice Jesucristo, *bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican»* (Lc. 11,28).

«La fe viene por el oído, y el oído por la palabra de Dios» (Rom. 10,27). Si nos hallamos dispuestos a recibir la palabra de Dios y a aprovecharnos de ella obtendremos inapreciables ventajas.

San Clemente de Alejandría nos dice: «La palabra es el espejo del cristiano. Así como el espejo no es enemigo del hombre disforme por reproducirle tal como es, y así como el médico no es cruel para su enfermo por anunciarle que tiene calentura, pues el médico no causa la calentura, y sólo se

limita a anunciarla cuando existe; de la misma manera la palabra de Dios, que reprende y condena a aquel cuya alma está enferma, no es enemiga suya, sino que le manifiesta los pecados que ha cometido para que se corrija».

Poder y eficacia de la palabra de Dios

—Dios habló y el universo salió de la nada...

—Habló, y aparecieron el sol, la luna y las estrellas...

—Habló, y al formarse, el inmenso océano respetó sus límites...

—Dios habló, y la tierra fecundizada produjo toda clase de frutos...

—Habló, y creó al hombre rey del universo a imagen suya...

—Habló, y el mar Rojo y el Jordán, abrieron paso a los israelitas...

—Habló, y el cielo dio maná durante cuarenta años; las áridas rocas arrojaron manantiales de agua viva y los muros de Jericó se hundieron.

—Habló, y el Verbo eterno se hizo hombre, y nos salvó a todos...

—Dios habló, y doce hombres sin instrucción, sin fortuna, sin apoyo ni defensa, armados tan sólo con la palabra, destruyen todos los obstáculos, derriban los ídolos y los templos paganos, disipan las tinieblas que desde cuarenta siglos cubrían la faz de la tierra, y esparcían por todas partes la luz del día de la eternidad, haciendo que el universo pagano se convierta y se prosterne al pie de la cruz de Jesucristo...

—Dios habla, y las nubes, la lluvia, el granizo, las tempestades y el rayo están prontos a ejercitar sus órdenes...

—Habla, y aparece el día sereno. Al fin del mundo pronunciará las siguientes palabras: «Muertos, levantaos y venid a juicio». Y de repente todos los muertos resucitarán, y se hallarán reunidos al pie del trono del Juez supremo («Tesoros» de C. A. Lápide).

La fuerza y la eficacia de la palabra de Dios no sólo brillan en esta palabra tomada en si misma, sino también en la predicación de que es objeto. Brillan:

—1° En que un pequeño número de apóstoles, pobres pescadores, sin estudios, oscuros, judíos y rechazados por todo el mundo, sometieron a la cruz el mundo entero;

—2º en que vencieron y convirtieron a sus más mortales enemigos, dominando a los demonios, al pecado, la muerte y el infierno, a los príncipes, a los reyes, a los filósofos, a los oradores, a los griegos, a los romanos y a los bárbaros, las leyes, las costumbres, los juicios, las religiones más antiguas y más acomodadas a las pasiones, las preocupaciones, los vicios, las tinieblas, la ignorancia y todos los errores de tantos siglos...

—3º en que han persuadido, convencido y hecho creer, no con la fuerza de las armas, de la sabiduría, de la elocuencia ni del oro, sino con la simple predicación de la cruz...

—4º En que tan pronto y en tan poco tiempo derramaron y establecieron la fe de Jesucristo en todo el universo...

—5ºEn que, con la palabra de Dios, acompañada de la gracia de Jesucristo, triunfaron de las amenazas, de los tormentos y de mil géneros de muerte...

—6º En que han hecho recibir y practicar la doctrina, no de un Dios lleno de gloria, sino de un Crucificado, haciendo que, con la simple palabra de Dios, el mundo crea que aquel crucificado es el Salvador

del mundo, obligando a los hombres a adorarle y haciendo admitir y practicar la ley de Jesucristo, opuesta a la naturaleza y a la carne.

—7º En que los lobos se volvieron corderos, los perseguidores modelos de dulzura y ardientes defensores de la religión (De S. Paulo).

Muy bien da a conocer el poder y la eficacia de la palabra de Dios el célebre y grave Tertuliano al decir: «Salomón reinó, pero sólo en Judea, desde Dan hasta Berseba. Darío reinó en Babilonia y en el país de los persas, pero no en otra parte. Faraón reinó, pero sólo en Egipto. Nabucodonosor vio que la Judea y la Etiopía formaban los límites de su imperio. Alejandro Magno no llegó nunca a poseer todo el Asia, y muchas veces las comarcas que subyugaba se emancipaban por medio de la rebelión.

Lo mismo sucedió a los germanos, a los bretones y mauritanos. Hasta el imperio de los romanos tuvo también límites. Pero con el poder de la palabra de Dios, el nombre y el reino de Jesucristo se extienden por todas las regiones de la tierra, en él creen todos los pueblos, y todas las naciones le sirven; reina por todas partes, y por todas partes es adora-

do; acoge a todos los hombres, y es rey, juez, dueño y Dios del universo» (Apología).

«El Señor dará una voz llena de poder a los que evangelicen... y dará a su voz la elocuencia de la fuerza (Sal. 78,12 y 34). *«¿No son mis palabras* —dice el Señor por boca de Jeremías—, *como el fuego y el martillo que rompen la piedra?»* (23,29).

Las enseñanzas de Jesucristo

Es de suma importancia que todos sepan, especialmente los incrédulos y cuantos dicen que «nadie ha venido del otro mundo a decirnos que hay en él», que ha venido Jesucristo, el cual es Dios hecho hombre, pues apareció como hombre, y como hombre vivió entre los hombres predicando en todos los pueblos de Palestina, el Israel de hoy, y demostró que Él era Dios haciendo muchos milagros: resucitando a muchos, dando vista a los ciegos y curando toda clase de enfermedades, y nos dijo que hay otra vida después de ésta, y que para alcanzarla hay que guardar los mandamientos: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

También dijo y lo repitió por sus apóstoles, y lo sigue diciendo hoy por su Iglesia docente (la que Él fundara), que Él ha venido a buscar a los pecadores y quiere salvarlos mediante la predicación del Evangelio y el arrepentimiento, y por eso dijo: *«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. Quien creyere y fuere bautizado, se salvará; mas quien no creyere, se condenará»* (Mc. 16,15-16).

Sabido es que la mejor predicación es la del ejemplo, mas el mundo debe ser evangelizado según el mandato de Jesucristo, o sea, con el ejemplo, que es lo que suele llamarse «testimonio de vida» y la palabra. Notemos como dice San Vicente Ferrer, que Jesús «no dice que se predique a Virgilio, Homero, Dante..., sino el Evangelio (se conoce que en su tiempo hubo abusos). Toda la Sagrada Escritura es el Evangelio o figurativo o figurado y claro... La doctrina evangélica viene del cielo y hace subir al cielo al que predica y al que escucha y practica... La doctrina de Cristo conduce a la vida».

San Pablo nos dirá a este propósito: *«Aun cuando nosotros o un ángel del cielo os anunciase un Evangelio distinto del que*

os hemos anunciado, sea anatema... Por eso os hago saber, hermanos, que el Evangelio predicado por mi no es según los hombres; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo» (Gál. 1,8-12). La palabra del Señor es la que permanece eternamente. *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»* (Mt. 24,55).

Parábola del sembrador y su aplicación

Jesús la expuso así: *«Salió un sembrador a sembrar, y parte de la simiente cayó junto al camino, vinieron las aves y la comieron. Otra cayó en un pedregal, donde no había tierra, y luego brotó porque la tierra era poco profunda; pero levantándose el sol, la agostó, y como no tenía raíz, se secó. Otra cayó entre espinas y aunque creció, la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto abundante, una 100, otra 60 otra 30».*

El significado de esta parábola y la aplicación es clara: El sembrador es Jesucristo..., es el predicador del Evangelio. La semilla es la palabra de Dios. La semilla que cae junto al camino, es la palabra que cae

en parte del auditorio, que la oye con cierto agrado, pero apenas sale a la calle, el ambiente actual, la disipación, viene el diablo y la arrebata. No da fruto.

—Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra de Dios; pero no tiene raíces en si mismo; recibe la palabra con alegría, y luego a la menor contrariedad o tribulación, olvidan la palabra y no dan fruto.

—Lo sembrado entre espinas, representa a parte del auditorio, que oye la palabra con gusto, pero las preocupaciones del siglo, los negocios, la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda infructuosa.

—Lo sembrado en tierra buena representa a los que oyen la palabra y la entienden y da mucho fruto porque la llevan a la práctica.

San Juan Crisóstomo comentando la parábola dice: «Llama aquí *semilla* o simiente, a la enseñanza o palabra de Dios; *campo,* a las almas de los hombres; *sembrador,* a sí mismo. ¿Y adónde va a parar la semilla? Tres partes se pierden, una se logra... y aun ésa no por igual, sino que existe mucha diferencia en el fruto...».

El fruto de la predicación forzosamente

depende de una de estas tres causas: del predicador, o del oyente, o de Dios, ya que se requiere la doctrina del que enseña y persuade, la atención del fiel y la gracia iluminadora de Dios.

Veamos, pues, de quien depende el fruto de la predicación.

1. El poco fruto de la palabra, no depende de Dios

Si la semilla es palabra de Dios, ¿dependerá de Dios el que no dé fruto? Imposible. No se puede negar la cooperación de Dios, porque *«El quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»* (1 Tim. 2,4), y por tanto Él da a todos, aún a los grandes pecadores las gracias suficientes, para cooperando con ellas, se puedan salvar. A este fin mandó predicar su Evangelio, que contiene la doctrina salvadora.

Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos (Mt. 5,45) y que ilumina a todos con su gracia, no la niega nunca a su predicación, ni a los malos que quieran hacerse buenos. La obra de parte del Señor se resu-

me en las palabras de Isaías: *«¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?»* (Is. 5,4).

2. ¿Dependerá de los oyentes el poco fruto del sermón?

No faltan predicadores que culpen a los oyentes. Mas no es, en verdad, de ellos toda la culpa, pues en la misma parábola vemos que tal llega a ser la eficacia de la palabra, que, aun cuando no produzca fruto maduro, produce por lo menos algún efecto, si bien después lo ahoguen las espinas o lo seque la falta de la raíz. Por otra parte, siempre se da una buena cantidad de tierra fértil que fructifica el ciento por uno. Hoy muchos sermones no producen el menor efecto, ni aun siquiera un movimiento pasajero (P. Vieira).

Jesucristo nos viene a decir que una misma semilla produce *mucho, poco o ningún fruto,* según las condiciones del terreno en que cae, es decir, según sean las disposiciones del que la oye. El oyente puede tener su culpa, pero también puede partir ésta del predicador, como luego explicaremos.

«Pregúntese cada uno, dice San Gregorio Magno, si recibe en su corazón la palabra de Dios, y comprenderá de quién es. Jesucristo declara que la señal de predestinación divina es oír la palabra de Dios y obedecer sus santas inspiraciones; pero rechazarla es la señal de la reprobación».

Y el apóstol San Juan dice: *«Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha; a esta señal conocemos el espíritu de la verdad, y el espíritu del error»* (1 Jn. 4,6). Empecemos por hablar de diversas clases de oyentes:

—*Los que no quieren oír la palabra de Dios*. Muchos para dormir tranquilos cierran la ventana a fin de que la luz, dándoles en los ojos, no los despierte... ¡El infierno los asusta... la ira de Dios los espanta! ¿Qué hacer? No oír. El P. Séñeri decía en su tiempo: «Algunos, si saben que se predica en la primera Misa, van a la segunda... y viceversa... Y si van a Misa, salen a la puerta del templo mientras dura la preeducación. Hacen lo que los judíos que por temor a convertirse, tapaban sus oídos por no oír a Jesucristo cuando les anunciaba el Evangelio. Si no quieren convertirse a Dios, ellos son los culpables.

Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son ciegos, culpables y desgraciados... Notemos que la mayor parte de la semilla que se perdió, según la parábola del sembrador, no fue por culpa de éste, sino de la tierra que la recibía, o sea, de los que no quieren cambiar su vida.

—Los que oyen la palabra, pero no la aceptan. Hay algunos que quisieran oír siempre cosas nuevas y curiosas... y hacen mal, porque se parecen a aquellos que reprende el profeta Jeremías, al decirles: *«Haced alto en los caminos y ved, preguntad por las sendas antiguas: ¿Es ésta la senda buena? Pues seguidla»* (Jer. 6,16). No queráis perderos. Mas ellos no quisieron oír la voz y seguir por el camino de la salvación.

Otros, los amigos de halagos, los que desean alabanzas y no correcciones, los que no quieren que se les reprenda o se hable de castigos. Estos son los que se parecen a aquellos malos hijos de Israel que decían a sus profetas: *Loquimini nobis placentia* (Is. 30,10): habladnos un lenguaje que nos agrade: decidnos cosas que lisonjeen nuestras pasiones y nuestros caprichos. Tal es todavía el lenguaje de los avaros, de los ambi-

ciosos, orgullosos, voluptuosos, partidarios del mundo y de la vanidad.

¿Qué es lo que vienen a decir éstos a los predicadores evangélicos? Sencillamente estos: *«Habladnos cosas agradables»:* Nada de infierno, ni de pecado... No gritéis contra las deshonestidades, ni conversaciones deshonestas..., decidnos que Dios es bueno... que basta un golpe de pecho... etc. Es decir que el médico debe dejar el sitio de la herida sin curar por no hacer daño al enfermo... ¿Quién no ve que el enfermo no se queja cuando el médico toca en parte sana, sino cuando llega a la herida?... Pensad en la herida de vuestros pecados y aceptad con humildad la reprensión que os hace el sacerdote o predicador evangélico para la curación de vuestras almas.

Es de lamentar que hoy haya tantos que hallen la moral evangélica demasiado severa, demasiado pesada, lo que indica que son almas débiles y cobardes..., por lo que las causas que les impiden oír la palabra de Dios o practicarla, vengan a ser éstas: la carencia del amor de Dios, la ausencia de la fe, la aversión o la indiferencia por la verdad, la falta del conocimiento de Dios, la corrupción del corazón, las pasiones y los

malos hábitos, viniendo a ser más amigos del mundo y del demonio que de Dios.

El que quiera convertirse de veras y salvarse, debe romper con toda amistad pecaminosa, reflexionar bien sobre lo que se nos predica, evitar toda ocasión de pecado y de peligro, pensar que el vicio entra por los sentidos en el alma..., y la virtud por una sola puerta, que es el oído, esto es, oír bien y con frecuencia la palabra de Dios, porque por ella nos viene la fe y la perseverancia en el camino de la salvación.

3. La culpa del poco fruto en las almas ¿será del predicador?

Bien creo que, muchas veces, la mayor parte de la culpa es del predicador de la palabra de Dios, porque lo que contribuye a la conversión del mundo son la vida, el buen ejemplo y las buenas acciones del que predica. El mejor concepto del predicador es el que tienen de él los oyentes. «Palabras sin obras son tiros sin balas que atruenan, pero no hieren... Para hablar al viento bastan palabras, para hablar al corazón son necesarias obras... Las palabras entran por

los oídos, y las obras por los ojos, que es la enseñanza más eficaz».

El P. Vieira, del que son estos conceptos, relata cómo en los sermones de pasión de su tiempo los fieles se compungían al oír los dolores del Señor; pero cuando en medio del sermón se descorría la cortina y aparecía la imagen del *Ecce homo,* «veis aquí a todos herirse los pechos, aquí las lágrimas, aquí los gritos... ¿Qué es esto?».

Que han visto sus ojos a Cristo sufriendo, siquiera sea en efigie. Predique, pues, el sacerdote con su vida y pueda decir con sus hechos: *Ecce homo!* miradme a mi. Así Juan el Bautista repetía: *Haced penitencia* (Mt. 3,2), y con su vida decía: *Ecce homo!* «Aquí está el hombre», que es un retrato de penitencia. Predicaban sus palabras el ayuno y reprendían la gula, y su comida de langostas gritada: *Ecce homo!* Reclamaba modestia contra el lujo, retiro contra los vicios de la corte, y su vestido y soledad decían una y otra vez: *Ecce homo!*, he aquí el modelo.

Para predicar bien se necesita ciencia y santidad de vida para evitar que se esparzan errores y cunda el mal ejemplo. «Una cosa es predicar palabras de Dios, y otra la

palabra de Dios. El orador se extiende contra los que no se preocupan de estudiar el verdadero sentido de la Sagrada Escritura, sino que hacen de ella lo que quieren y la acomodan a sus gustos. Hasta las mismas palabras de Dios se pueden tomar en falsos sentidos, como hizo el demonio al tentar a Jesús».

Un buen predicador también debe evitar la política y el afán de agradar procurando solamente la gloria de Dios y la salvación de las almas, sin procurar los aplausos de los ignorantes.

Además deberá evitar el afán de lucro, como decía San Gregorio Magno: «No predica el sacerdote para comer, sino que debe comer para predicar».

Hay que predicar la verdad, la doctrina revelada por Dios y ésta es la que deben buscar los oyentes. Muchas de las verdades reveladas las desestima el mundo y hasta hace burlas de ellas, y éstas son las que se deben predicar, pues escrito está que *«vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas»* (2 Tim. 4,3-4).

¿Qué hay que predicar y cómo debe hacerse?

Hay que predicar contra los pecados, las soberbias, las ambiciones, los odios, las codicias y las sensualidades.

El gran maestro de la predicación, P. Vieira decía: «Predicaban en Coimbra dos famosos oradores, y los fieles repartían sus pareceres en pos del uno o del otro. Uno de los que escuchaban cerró muy discretamente la discusión diciendo: Cuando oigo al uno, salgo muy contento del predicador; cuando oigo al otro, salgo muy descontento de mi. Esta es la mejor alabanza del que predica. *«Si buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo»* (Gál. 1,10),

San Jerónimo nos dice: «Cuando enseñáis en la Iglesia, arrancad gemidos del pueblo y no aplausos; sea vuestro elogio las lágrimas de arrepentimiento de vuestros oyentes». *«Estén siempre vuestros discursos sazonados con la sal de la gracia de modo que sepáis cómo debéis responder a cada uno»* (Col. 4,6).

Los sermones o instrucciones no deben ser demasiado largas para ser más agradables y aprovechadas. Hay que exponer con

claridad y brevedad las verdades que Jesucristo nos manda, para que las almas lo sepan y lo recuerden.

La predicación, pues, ha de ser *concreta* y *práctica* aplicándola a las circunstancias de la vida... No hay que hablar a las paredes, sino bajar a la realidad de las cosas y predicar ante todo con sencillez y acomodación a la capacidad del auditorio... y para esto el predicador debe prepararse muy bien.

En cierta ocasión un orador sagrado se alargó demasiado, cansando al auditorio, y poco después le preguntó un compañero: ¿Cuánto tiempo te ha llevado la preparación del sermón que has echado? Nada, pues concebí las ideas en unos minutos y me bastó. Ya se conoce, le replicó, y es que cuando se habla demasiado, por lo general, falta preparación y los oyentes no sacan el debido fruto.

Otro orador, en cambio, habló solamente ocho minutos, pero dijo tan bien las cosas, que el auditorio le seguía con interés, y cuando terminó de hablar, se quedaron todos con deseo de que continuara... A éste se le preguntó cuanto tiempo le había llevado la preparación de aquel breve sermón,

y dijo: me ha costado dos o tres días de preparación, porque tuve que concretar bien las ideas y el orden de exponerlas, para así lograr más fruto. En consecuencia, interesa una buena preparación para bien del orador y del auditorio. No olvidemos que predicar con el ejemplo es la mejor de las predicaciones.

San Vicente de Lerins decía: «No prediquéis novedades; pero decid las cosas de una manera nueva; es decir, hablad de modo que cautivéis la atención de vuestros oyentes»...

Para que el discurso sea elocuente, es necesario: que esté lleno de sabiduría y de prudencia; que convenga a las circunstancias y a los oyentes; que todas sus partes se hallen dispuestas en orden; que sea claro, sólido y fácil de comprender; que agrade; que salga de un corazón lleno de fe, de dulzura, de bondad, de caridad..., y como dice San Agustín: En un discurso hemos de amar la verdad, y no la gracia de la alocución...

Finalmente para que el predicador saque fruto de sus sermones, debe preceder a todo sermón la oración. Benedicto XV dice: «Es necesario al predicador lo que se llama el espíritu de oración..., porque no se halla la

salvación de las almas hablando con facundia ni disertando con agudeza o perorando con vehemencia; el predicador que en esto se para, no es más que *«metal que suena y campana que retiñe»* (1 Cor. 13,1).

Lo que hace que la palabra humana tenga poder y sirva maravillosamente para la salvación, es la divina gracia: *«Dios es quien da el crecimiento»* (1 Cor. 3,6). Ahora bien, la gracia de Dios no se obtiene con estudio y arte, sino que se alcanza con la oración. Por tanto el que poco o nada es dado a ella, en vano consume sus trabajos y sus cuidados en la predicación, pues delante de Dios no alcanza provecho ni para sí ni para los demás» (Enc. *«Humani géneris Redemptionem»).*

La palabra de Dios es una semilla (Lc. 8,11)

Por ser la palabra de Dios una semilla, veamos las relaciones que hay entre ambas:

—Así como la simiente es arrojada en la tierra, la palabra de Dios se arroja en las almas, que son los campos del Señor...

—La simiente confiada a la tierra ger-

mina: la palabra de Dios debe germinar en nuestros corazones...

—Las simientes contienen en germen todos los vegetales: la palabra de Dios es el principio de todas las virtudes y de todas las gracias...

—Sin las semillas que se confían a la tierra, no produciría ésta más que espinas y malas hierbas: sin la palabra de Dios, nuestros corazones no conocerían más que pecados sin ninguna virtud...

—Para fructificar, la semilla exige una tierra buena: para dar nacimiento a las virtudes, la palabra de Dios quiere almas dóciles y bien dispuestas...

—Antes de producir, la tierra debe cultivarse: para que la palabra de Dios sea fecunda, debemos cultivar nuestros corazones con el arado de la penitencia...

—La simiente necesita lluvia y sol: el alma necesita que la palabra de Dios derrame sobre ella la lluvia de la gracia, la luz de las buenas inspiraciones y los rayos de la caridad...

—Para multiplicarse, la semilla debe despojarse de su envoltura y morir; para que la simiente de la palabra de Dios multiplique en nosotros sus efectos, es menester que

nuestra alma se despoje de las afecciones de la tierra y que muera por sí misma...

—La semilla debe germinar, desarrollarse, florecer y madurar: la palabra de Dios debe seguir la misma marcha en nuestros corazones...

—Todo el poder de la planta y de sus flores, del árbol y de sus frutos está en la semilla; todas las virtudes están en la palabra de Dios...

—Cada semilla produce un vegetal; cada una de las sentencias del Evangelio produce su fruto, la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la obediencia, la sumisión, la pureza, etc...

—Es necesaria la unión de la simiente y de la tierra para que aquella se desarrolle y fructifique; así es necesario que el alma se una a la palabra de Dios para que esta palabra produzca un céntuplo...

—La tierra produce en razón de su bondad y de su cultivo: la palabra de Dios obra en un corazón según sus disposiciones... (*Tesoros* de C. A. Lápide).

Recomendaciones de S. Fco. de Asís a los predicadores de su Orden

«Quiero, carísimos hermanos, que los ministros de la palabra de Dios sean de tal manera que, aplicándose a los estudios espirituales, no se inquieten por lo demás, pues que habéis sido elegidos por el gran Rey para anunciar sus oráculos a los pueblos.

El predicador, pues, debe buscar en oraciones secretas los sentimientos que luego ha de manifestar en sus discursos sagrados; es menester que antes de hablar esté abrasado de amor de Dios, porque el ministerio de la palabra es venerable, y debe ser venerado.

Los predicadores son los adversarios de los demonios y la luz del mundo. Los que se aplican a sí mismos y son los primeros en practicar lo que enseñan a los demás, merecen ser alabados; pero los que todo lo conceden a la predicación, y nada a la devoción, son malos obreros; y no puede lamentarse bastante la triste suerte de los que por vana alabanza venden al demonio sus trabajos.

El oficio de la predicación es agradable

al Padre de las misericordias, sobre todo si nos entregamos a Él únicamente por espíritu de caridad, y empleamos el ejemplo, más bien que las palabras; las oraciones fervientes, más bien que las frases elocuentes y multiplicadas.

Deberíamos llorar por el orador que buscase más bien elogios que la salvación de las almas, como por aquel que destruyese con una vida desarreglada la autoridad de sus enseñanzas: un predicador sencillo y de poco talento, pero de mucha virtud, es preferible y alcanza infinitamente más fruto.

El predicador sacrificado a la vanagloria es estéril: no se vanograría de producir fruto; si lo produce, es perdido para él; pero ordinariamente es estéril para los demás, como para sí mismo, porque Dios no le bendice, ni bendice tampoco su ministerio».

San Buenaventura dice de San Francisco de Asís: «Su palabra era un fuego ardiente que penetraba en el fondo de los corazones y llenaba de admiración a sus oyentes. En sus instrucciones no se veía la acción del arte humano, sino el soplo de las inspiraciones y revelaciones divinas. Predicaba la verdad con una confianza imperturbable; no sabía respetar los vicios; los atacaba con

firmeza, y no adulaba a los pecadores, sino que los perseguía vivamente para abatirlos y hacerlos santos».

¿Quiénes merecen el nombre de «apóstoles de la palabra»?

Los que verdaderamente merecen el nombre de «apóstoles de la palabra», son los que llevan a Dios consigo; le ofrecen y le dan.

Los que anuncian el Evangelio de una manera rebuscada, con blandura o temor; los que tratan de hallar en la predicación otro fruto distinto de la conversión de los hombres y de sus progresos espirituales, no comprenden lo que es la palabra de Dios, ni la dignidad del ministro de Jesucristo, ni la responsabilidad que sobre ellos pesa.

Los predicadores de la palabra de Dios deben ser enviados de Dios, y servirle de instrumentos; estar unidos a Dios con la oración y con una obediencia perfecta; ser activos y celosos; estar llenos de fuerza y de unción; estar exentos de vicios y llenos de virtudes, para llegar a ser, como San Juan Bautista, lámparas ardientes y brillantes;

deben lanzar sus flechas directamente al fin, es decir, herir el corazón, penetrarlo de temor y de amor de Dios y no pararse en halagar simplemente los oídos...

«Haced, oh divino Jesús, que seamos flechas abrasadoras, dardos poderosos y penetrantes para los pecadores, a fin de que éstos puedan decir con la esposa de los Cantares: *Habéis herido mi corazón..., languidezco de amor por Dios»* (4,9; 2,5).

«Una lengua sabia y elocuente es un don inestimable; hemos de orar todos los días para que el Señor nos la conserve, y decir con el salmista: *Señor, abrid mis labios, y mi boca anunciará tus alabanzas»* (51,17).

Dios, dice San Gregorio Magno, abre los labios de aquel que reflexiona no sólo en lo que ha de decir, sino también cuándo, dónde y a qué personas ha de decirlo. Sean, pues, todos vuestros discursos pesados en la balanza de la justicia, para que estén llenos de gravedad en el sentido, en las palabras y en la forma del orador. No hablemos más que cuando sea útil; examinemos si debemos pasar o no en silencio tal o cual asunto; si el momento es favorable para ocuparnos de ellos; y si no nos extralimitamos bajo ningún concepto de las reglas de

la prudencia, de la sabiduría, de la modestia y de la caridad».

Ante todo hay que predicar con el buen ejemplo, porque enseñar y no obrar, es no sólo no ganar nada, sino dañar al mayor número. Una condenación terrible está reservada al que compone tales discursos, y descuida corroborarlos con sus obras.

Filósofos paganos hablan así: *Aristóteles* declara que los que cuidan poco de conformar sus actos con sus palabras, destruyen la verdad. Y *Séneca* dijo: Nadie, a mi parecer, daña más a los hombres, ni es más digno de castigo, que el que vive diferentemente de lo que recomienda.

El camino de la salvación es estrecho, y hay que seguir a Cristo por el camino de la cruz. San Pablo nos dice: *«El lenguaje de la cruz es ciertamente locura para los que se pierden, mas para nosotros, que somos salvados es la virtud de Dios... Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, mas para los llamados así judíos como griegos, Cristo es poder y sabiduría de Dios, porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres...»* (1 Cor. 1,18 y 23s).

La cruz nos predica el amor infinito de Dios..., la caída del hombre, sus crímenes, sus miserias...; el precio de nuestra redención...; la nada del mundo y de la vida..., la fealdad del pecado..., la hermosura de la virtud..., el valor del alma y la necesidad de la salvación...

Necesidad de anunciar y escuchar la palabra de Dios

1ª Necesidad de predicarla

Este es un deber que pesa sobre todos, especialmente sobre los que forman la Iglesia docente: el Papa, los obispos, los sacerdotes..., porque a ellos les dice Jesucristo: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura... Id, enseñad a todas las gentes y anunciadles a observar todo cuanto os he mandado»* (Mc. 16,15; Mt. 28,19-20).

Como nos dice el apóstol: *«La fe viene por el oído y al oído llega por la palabra de Dios»* (Rom. 10,17), y el mismo dice: *«Si anuncio el Evangelio, no es para mi una gloria, porque es una obligación que pesa*

sobre mi, y ¡ay de mi si no predicase el Evangelio!» (1 Cor. 9,16).

También el mismo apóstol San Pablo se nos presenta como modelo de predicación por cuanto dice: *«Nosotros no somos como muchos que falsean la palabra de Dios, sino que la predicamos en su pureza, como viene de Dios, delante de Dios, en unión con Cristo»* (2Cor. 2,17), y esa es la palabra que aconseja a su discípulo Timoteo que predique: *«Predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, arguye, exhorta con toda caridad y doctrina...»* (2Tim. 4,2). Y también a Tito le dice: *«Tu enseña la sana doctrina»* (2,1).

El apóstol San Pedro a su vez aconseja: *«Si alguno habla, sea conforme a las palabras de Dios»* (1 Ped. 2,11), es decir, como palabra de Dios. Y en los Proverbios leemos: *«No añadas nada a la palabra de Dios»* (30,6).

San Juan Crisóstomo hablándonos de este asunto, dice: «Así como las aguas de una fuente corren siempre, aunque nadie se aproveche de ellas, el predicador debe siempre cumplir su deber, y anunciar la palabra de Dios, aun cuando pocas personas le escuchen y se conviertan». Y como el Señor

nos dice: *«Id, enseñad a todas las gentes...»*, se impone el estudio y la ciencia pastoral, porque ¿cómo podrán enseñar si no tienen ciencia adquirida mediante el estudio serio y la aplicación? Además el profeta Malaquías (2,7) habla de la necesidad de la ciencia en los sacerdotes.

2º Necesidad de escuchar la palabra de Dios

Es de suma necesidad escuchar con atención la palabra de Dios, porque con ella se suscita la fe en los corazones de los no creyentes, y se alimenta en los fieles; pues la fe viene por la predicación (Rom. 10,17) y es necesaria para la salvación (Mc. 16,16).

Jesucristo nos dice: «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican» (Lc. 11,28).

Pío XII dijo: «Millones y millones de hombres claman por un cambio de ruta... y nuestra misión es ser heraldos por un mundo mejor»; mas el mundo será mejor cuando cada uno de nosotros seamos mejores, y lo seremos viviendo el espíritu del Evangelio, imitando a Jesucristo, nuestro modelo...

San Juan Crisóstomo nos dice: «¿Se desprecia acaso el oro porque esté envuelto en tierra? No, sino que se elige el oro y se deja la tierra. Así vosotros mismos recibís la doctrina, y no os cuidéis de lo demás».

La palabra evangélica cambia a los hombres. Ella puede hacer de un hombre otro hombre y así cambiar el curso de su vida.

—La palabra evangélica entra en Saulo, y Saulo ya no es perseguidor, sino Pablo, el vaso de elección, el apóstol infatigable de Cristo...

—Una sola sentencia evangélica que cae en el corazón de Antonio, trueca a Antonio de hombre del mundo y rico en un ermitaño que ha de vivir cerca de un siglo en el desierto... Él, San Antonio Abad, es modelo y ejemplar de la pobreza evangélica...

—La sentencia evangélica penetra en el corazón de Francisco Javier, el estudiante de París, y lo que no hubieran logrado jamás todas las ciencias humanas y todos los doctorados universitarios, lo logra una sola frase del Evangelio: *«¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?»* (Mt. 16,26).

—Y todos los días en nuestra época la

palabra de Dios sigue apoderándose de la vida de los hombres e imprimiendo nuevos rumbos a su actividad vital, es decir, sigue fermentando la masa, y toda la masa...

Hay que formar «minorías» para cambiar el mundo

No sólo los sacerdotes, sino también los laicos, deben comprometerse a ser predicadores con el buen ejemplo y la palabra, y a este fin son necesarias en nuestra sociedad paganizada minorías bien formadas en ciencia y en virtud, que vengan a ser levadora que se extienda a la masa...

En un sentido social tenemos que distinguir entre minorías y multitud, entre levadura y masa. La levadura son las minorías. La multitud es la masa.

El ejemplo de Jesucristo es modelo insuperable. En Él podemos aprender la distinción entre masas y minorías. Él no pierde el contacto con el pueblo, pues predica a grandes masas. Luego lleva a cabo una predicación reducida, que son sus doce apóstoles, a los que fue eligiendo de uno en uno, y formando luego poco a poco, y les

enseñaba el amor mutuo, el amor a los enemigos, les inculca la oración y los prepara para los días amargos de la pasión y su muerte, pues han de ser *«luz del mundo y sal de la tierra»*... También les anticipa su resurrección gloriosa...

Jesús les enseña primeramente con su ejemplo, por ser el que propiamente forma a los discípulos. *«Yo soy la vid,* —les dice— *y vosotros los sarmientos... Sin Mi no podéis hacer nada»* (Jn. 15,5)... y finalmente los transformó con la venida del Espíritu santo, a la que se prepararon perseverando en la oración *«con María la Madre de Jesús»*...

La mejor formación de minorías debe empezar en el hogar... Los padres forman a los hijos por el ejemplo, siendo los que transmiten la fe y las virtudes y van moldeando su carácter...

El mundo moderno es un mundo sin alma. Todo es actividad, movimiento, acción, conversación, conferencias, precipitación, inconstancia, superficialidad, veleidad, impresionabilidad... Le faltan minorías directoras, porque la gente no quiere congregarse en el cenáculo para permanecer *«en el silencio y en la esperanza«* (Is.

30,15), en el silencio interior y en la esperanza de que descienda el Divino Espíritu.

La construcción de una sociedad nueva, según el espíritu del Evangelio, está reservada a los hombres de oración, a las minorías formadas según la técnica reservada a los hombres de oración, a las minorías formadas según la técnica del divino Salvador. Necesitamos todos la luz de lo alto, de la cual suelen prescindir los más y sin esa luz caminaremos a oscuras.

Los Papas han recordado la importancia de las minorías para la difusión del Evangelio. San Pío X dijo: «Dadme diez hombres decididos a trabajar con constancia en torno a cada párroco, y yo renovaré el mundo».

El método de Pío XI para triunfar en la «ardua empresa» de reconstruir la sociedad y el Estado, es el método de las minorías: minorías de obreros, de industriales, de comerciantes... «Los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser los obreros; los apóstoles del mundo industrial y comercial, industriales y comerciantes».

La formación en estas minorías pide: elegir prudentemente las personas... educar-

las e instruirlas convenientemente, porque la minoría no se improvisa.

Bajo la acción directora de la Iglesia, porque los llamados a elegir, educar e instruir son los obispos y sacerdotes... Y por lo mismo es muy necesaria en primer lugar la formación de una minoría sacerdotal, pues el Papa pide a los obispos que elijan y formen con especial cuidado a los que constituyen «la esperanza de la Iglesia». Se impone en todo la selección para una buena formación y que llegue a ser fermento para la masa.

APÉNDICE

EJEMPLOS DE ELOCUENTES PREDICADORES

Estos ejemplos son para todo predicador como modelos que deben tenerse en cuenta para imitarles en lo posible con el fin de que su predicación sea muy útil y fructífera en bien de la conversión de las almas.

¿Por qué ellos lograron mover a los auditorios al arrepentimiento de sus pecados y cambio de vida? Porque el fin de su apostolado fue el dar gloria a Dios, o sea, trabajar y predicar por Dios, obrar con pureza de intención sin buscar aplausos o gloria propia, y porque se daban cuenta de que la doctrina que predicaban no era la suya propia, sino la de Cristo... y esto exige vida de humildad, de mortificación, reconocimiento de nuestra nada ante Dios y que Él lo es todo,

y Él es el que predica, perdona y consagra por medio de nosotros, que no somos más que instrumentos en sus manos.

Hoy sobra humanismo, hace falta santidad. Si nos movemos en un plano natural conseguiremos muy poco fruto, pues sabido es que «con lo natural no haremos nada sobrenatural».

Para que nuestro trabajo apostólico sea fructífero debe presuponer nuestro buen ejemplo, ciencia necesaria y vida de oración.

1º Pablo Séñeri (1624-1694)

Fue considerado por toda la nación italiana, en la que nació, por un gran orador. «Por lo que hace a su elocuencia, fue muy aventajado y tenido con razón por el varón más elocuente y discreto de toda Italia».

La formación literaria que recibió en el Colegio de la Compañía de Jesús, donde le pusieron sus padres, fue maciza y clásica.

Se dedicó al estudio de la Biblia y de los Santos Padres especialmente, y de un modo particular a la lectura de las obras de S. Juan Crisóstomo.

A la edad de 36 años se dedicó con ardor a la predicación y con el deseo de convertir a los pecadores y reforma del mundo.

Él aprendió de su maestro Cicerón, que «nunca el oyente se inflama si la palabra no sale inflamada del pecho del orador», y por eso se decía: «Si no ardo, ¿cómo ha de inflamar? Si estoy sumido en la tierra, ¿cómo he de levantar a los hombres hacia el cielo?».

Deseoso de servir a Dios en cosas arduas, pidió las misiones y se armó para ellas con todas las virtudes, principalmente de humildad, celo de las almas y mortificación verdaderamente espantosa. Cilicios de cerda, cadenas de hierro, disciplinas de sangre y otros crueles instrumentos que atormentaban su carne y la sujetaban a la razón y ley divina, prueban que, si es dificultoso llegar a ser buen orador, más cuesta, sin comparación, llegar a ser insigne predicador y salvador de las almas.

En veintiséis años de misiones en compañía del P. Pinamonti, es indecible el fruto que recogió en los lugares que evangelizó, que fueron casi todas diócesis de Italia. De ordinario tenía que predicar en campo

raso, porque la muchedumbre del pueblo no cabía en las iglesias. Tres y cuatro mil oyentes casi nunca los tenía, porque, en general, llega a siete u ocho mil, y a veces a veinte o treinta mil los que le escuchaban. Muchos fueron los prodigios que Dios obró por su apóstol. Predicando en el campo sobrevino una gran tempestad. Se desparramara la gente si el orador no le mandara que estuviese queda; vino una lluvia copiosísima, pero toda cayó fuera del círculo de su auditorio. Otro día, era el mes de agosto; sobre las cabezas de sus oyentes caía un sol abrasador. Empieza el P. Séñeri el discurso y he aquí que de la banda del Oriente se levanta una nube y permanece suspensa en el aire haciendo sombra a los oyentes mientras duró el sermón; terminado éste, desapareció la nube... esto y otras muchas cosas se dicen de este orador sagrado.

2º San Vicente Ferrer (Dominico valenciano 1350-1419)

«Su elocuencia fue de las más poderosas que se han oído. Sus sermones los preparaba a los pies del Crucifijo y en las lar-

gas horas de oración. Puso en práctica lo que en el tratado de la *Vida espiritual* deja escrito: «Cuando estés leyendo algún libro, aparta de él los ojos muchas veces y, cerrándole, mira las llagas de Jesucristo, y luego vuelve a proseguir la lección. Pasado el movimiento del Espíritu, que ordinariamente dura poco, puedes encomendar a la memoria lo que antes viste, y el Señor te dará más conocimiento de ello».

Pero, además de la unción, había en su voz una vibración única, y su mirada atraía poderosamente: «Todo en su presencia predisponía en su favor. Su hermosura recia y varonil, estatura más que regular, frente amplia, coronada por un bello cerquillo de cabellos de oro; ojos grandes y oscuros, gesto expresivo, porte majestuoso y una voz sonora que parecía una campana de plata —dice un antiguo cronista—, y que él dominaba con tal habilidad, que a veces tenía la fuerza aterradora del trueno y a veces parecía dulce brisa, portadora de amor y de consuelo».

Porque lo que daba aquellas vibraciones a su voz maravillosa era la santidad. Un contemporáneo de San Vicente, Juan Nyder, decía de él: «Este hombre tuvo un poder

casi divino para subyugar los corazones de los hombres. Rara vez encontró una iglesia o una plaza pública bastante capaz para contener a las multitudes de oyentes. De ordinario predicaba en llanuras espaciosas, donde se hacía un tablado muy alto para que el celeste predicador pudiese ser oído y visto de todos. No conmovía menos por la suavidad de su fisonomía y la gracia de su ademán que por las palabras angélicas que caían de sus labios» (Ved *«Palabra de Cristo»*. Mons. A. Herrera Oria).

3º El Beato Fray Diego de Cádiz (+1801)

Su director espiritual P. Fco. Javier González dijo de él a sus 36 años: «Su edad, sus prendas, su crédito; su fama y ser de porte religioso, ya lo han hecho el monstruo de su siglo». Fue el nuevo Vicente Ferrer, el pregón del Evangelio por todas las regiones españolas, como si Dios le mandase para avivar la fe del pueblo.

Ayuntamientos, universidades, cabildos, la corte misma de Carlos IV, se afanaron por escuchar aquella oratoria suya, que pasaba de los acentos más sencillos a los patéticos

de Elías. Durante veintiocho años visita las ciudades y pueblos de España, a pie casi siempre, en cabalgadura humilde otras veces; enfermo, achacoso, con fríos o calores, por caminos muchas veces intransitables, descalzo, hambriento; así recorre este atleta de Cristo más de ocho mil leguas buscando almas. Pero lo más maravilloso de este predicador extraordinario era su profunda humildad.

Del libro *«El director perfecto y el dirigido santo»* tomo las siguientes ideas contenidas en las cartas de Fray Diego de Cádiz a su director, porque ellas nos revelan quién fue y qué concepto le tenían los pueblos:

«En Cádiz faltó poco para colocarme en los altares y para ponerme en el destierro. Lo primero por lo arrebatada e inconsiderada devoción del vulgo en toda clase de gentes, la que llegó a tanto, que el día último de mi predicación hubo el Sr. Gobernador por oficio propio, de enviar una escolta de ocho o diez soldados para que con bayoneta calada fueran acompañando por las calles a este nuevo insecto de maldad, y que si yo si también hijo de perdición...

Aquella noche hube de esconderme en

una casa particular, saliendo del Convento a las once para excusar el bullicio del día siguiente destinado para marchar... Lo segundo, que es el destierro temido o la suspensión de predicar, hubo de nacer, no del Sr. Gobernador, sí a otros, que en vista del sermón que prediqué a la ciudad les dije la culpa grave de un Senado en permitir la profanación de los días festivos con los teatros de toros y comedias, etc., pero todo se calmó...

Los aplausos entre las espinas no se si llegaban al corazón y creo los miraba con recelo y con horror, o cuando más los ofrecía a Dios, complaciéndome de un modo imperceptibles en tener que ofrecerle aquella bagatela.

Concluyo esta historia con decir que hasta en el mismo convento nuestro eran los aplausos tan desmedidos, que súbditos y Prelados y todos era un exceso su trato y su modo. ¡Dios tenga misericordia de mi! ¡Padre mío! ¿Qué cosas son éstas? o ¿qué es esto? ¿cuando el corazón está lleno de miserias? Venero los juicios de Dios...

De otra carta: «Por el camino salían los pueblos enteros, hombres, mujeres y niños, y aún los sacerdotes, a ver y pedir la ben-

dición y alguna reliquia a este desconocido monstruo de iniquidad; procuraba disimular la interior desazón, apuro y fatiga que me causaban, y los trataba con amor y dulzura, tirando mi corazón por los suelos para que lo pisase, lleno de confusión al ver su fe y docilidad de que me hallo tan lejos.

Pidieron sencillos que rogase al Señor lloviese, ofrecí el hacerlo, y me sentí a ello después tan movido que no pude hacerlo sin lágrimas y extraordinaria confianza y fuerza y fue el Señor servido viniese pronto la lluvia.

Nueva carta: Salí de Málaga el día 12 (era el año 1780) y por el camino (cuando iba a Jaén) fue casi insufrible el concurso de las gentes y el tropel de los pueblos comarcanos. ¡Oh, cuánto, Padre de mi corazón, me llenaba de confusión y me lastimaba de oír a algunas personas hombres y mujeres que en toda la noche no habían cesado de caminar para llegar a besar la mano y recibir la bendición de éste por sus obras antípoda de Jesucristo! a muchas pobres mujeres correr en ayunas, y con el ardor del sol las dos tres y más leguas a pie por el propio fin.

¡Qué tumultuarse los pueblos de

Torrejimeno y Torrecampo (que son bien grandes) saliendo al camino y sus arrabales por donde era forzoso el tránsito! ¡Qué atropellarse unos a otros, y atropellarme, *ita ut turbae se invicem conculcarent* por llegar a este miserable! Veía llorar a gritos hombres, mujeres y niños, unos pidiendo la lluvia, otros compungidos de sus culpas y todos clamando: ¡Padre de mi alma!

Costó mucho trabajo, tiempo y fatiga vernos libres de estos pueblos, y aunque interiormente me apuraba algo, procuraba tirar mi corazón por el suelo, y callar, y hacerme como un tronco en el exterior, ya para recogerme o ya para no ser desabrido a los que pasaban el mal rato en buscarme, etc...

(Este viaje, como otros, fue verdaderamente triunfal, como los que hizo Cristo por Palestina, y como a Él las turbas se atropellaban por besar la mano del siervo de Dios.)

Misión en Aranjuez. Refiriéndose a su predicación dice: «Puedo asegurar casi con juramento que todo ha sido infuso, o dado del que quiere por su bondad valerse de mi ignorancia para ostentar su grandeza.

Las gentes de todas las clases poseídas

de un júbilo singularísimo, asombrados, enamorados perdidos del misionero. Los primeros ministros, los grandes de España, las gentes ilustres, los eclesiásticos, los pobrecitos, en fin, conmovidos glorificando a Dios y publicando sus maravillas...

Misión en Valencia. Antes de que llegase el P. Fr. Diego al Convento de Capuchinos de Valencia, ya había gentes de varias clases esperándole, deseosos de ver un hombre cuya fama vivía entre ellos anticipada.

En el primer sermón se llenó la catedral muy espaciosa hasta fuera de las puertas. Creciendo la fama de su virtud y elocuencia arrastraba a las multitudes, apresuradas por verle, tocarle el hábito, pasó a exceso en algunos hombres, y más en las mujeres hasta llegar a cortarle pedazos del sayal...

Para precaver este desorden piadoso se le proporcionaron soldados que le cercaban según iba de un lado a otro. En los sermones que tuvieron que ponerse en las plazas públicas, le oían como mínimo ocho mil personas con una atención y silencio tan profundo, que era admirable percibir su voz claramente hasta por los más distantes.

Había gentes que a las nueve y diez de la mañana, forasteros de ocho o diez leguas

y más distantes venían a escucharle y ocupar sitio, siendo así que la Misión siempre comenzaba a las tres de la tarde por no perder la ocasión de oír al P. Diego, y todos a porfía: sabios, ignorantes, ricos y pobres, viejos y jóvenes... Los profesores de Centros Universitarios lo proclamaron Doctor en Cánones y Teología...

Fr. Diego, se confesó instrumento el más humilde por altos designios de Dios para anunciar su palabra, y no de mejor santidad que la burra de Balán a quien hizo hablar el Señor con motivo superior...

(Fr. Diego dijo que era la ciudad que más había llenado las medidas de su voluntad.)

Sermón en Málaga. En este sermón (marzo 1779) en el que pasaron de veinte mil los asistentes, escribe a su director: «Se cuenta por la ciudad y fuera de ella, que en esta misión deseó un pobrecito ganadero sencillo y rudo oírme algún sermón. Para esto dejó una tarde su ganado, y se vino al sitio donde estaba predicando, y al poco rato se volvió a su campo. Preguntóle después su amo qué le había parecido el sermón, y respondió: «Aquello yo también lo diría; si el Padre tenía una paloma blanca que se lo

iba diciendo todo al oído». Confieso, Padre de mi alma, que, aunque la fe nos enseña esto, lo digo con rubor por lo que Vd. no ignora del que soy...».

(Me he extendido en hablar de este Padre, y recomiendo al que desee conocer sus cartas, el libro dicho: *«El director perfecto y el dirigido Santo».)*

4º Santo Tomás de Villanueva (1488-1555)

Este predicador, ermitaño agustino, arzobispo de Valencia, en sus sermones arrastraba tras sí a multitudes de oyentes. «El secreto de sus éxitos en el púlpito nos lo revelan unas palabras suyas que contestó a unos amigos que le preguntaban qué libros leía para hacer tanto fruto en las almas: «Todos los libros son buenos... como el predicador tenga tres cosas: santidad de vida, humilde oración y un verdadero celo y deseo de la gloria de Dios y salvación de las almas».

La razón de este aserto, la daba así: «La vida ejemplar y santa le ganará crédito con los oyentes, y en la humilde oración será su alma enseñada, alumbrado su entendimien-

to y encendido su afecto; porque allí se fraguaban las saetas que han de herir y atravesar los corazones. El celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas le encenderá el espíritu y dará fuerza y eficacia a sus palabras.

El estudio solo, sin oración y sin este vivo celo, hinche el entendimiento de grandes vivezas y sentencias, pero deja la voluntad seca y el pecho del predicador frío»; y de pecho frío, ¿cómo pueden salir palabras ardientes?» (BAC. Obras de S. T. de Villanueva).

5º San Juan de Ávila (1500-1559)

Este apóstol de Andalucía, dice un biógrafo suyo, determinó dedicarse a la predicación de la palabra de Dios, no pretendiendo honras ni dignidades, sino la salvación de las almas..., y a este fin, imitando las enseñanzas de Cristo renunció a todas las cosas que poseía, repartiendo su herencia entre los pobres. Tuvo como modelo a San Pablo «predicador de las gentes»...

«Su popularidad es extraordinaria. Cuando él predica se pueblan las iglesias;

hace también sus sermones en las plazas públicas; la gente se compone y se modera con sólo verle; vive pobremente, no acepta estipendios ni limosnas de sermones, y si algo quieren darle, les ruega lo entreguen a los pobres; es humilde, paciente, muy celoso del bien de los prójimos; organiza colectas para ayudar a los necesitados y mantener a los clérigos estudiantes.

Estaba un día para subir al púlpito en la iglesia mayor. Vino un clérigo comisario de bulas y díjole que no predicase aquel día, porque él había de predicar. El Padre cedió luego del sermón con mucha humildad; pero los caballeros y señoras, levantándose de sus asientos, le pidieron al clérigo que dejase predicar al Padre y que él publicaría al fin la bula, ya que toda la ciudad había concurrido a oírle.

No fue posible rendirse a los ruegos de tantos, y así el Padre Maestro Ávila se salió a una iglesia fuera de la ciudad, llevado de la nobleza y multitud de gente que allí se había jutnado, y predicó su sermón con mucho gusto de todos, aunque con disgusto suyo, porque dejaron al bulero solo en la iglesia, y todo el lugar se fue en su seguimiento.

El personaje quedó corridísimo; y a la tarde, estando en los portales de la plaza y viendo venir al buen Maestro, se fue hacia él como un león; díjole mil groserías, llamándole hipócrita, fingido, engañador y alborotador del pueblo. El Padre se arrojó a sus pies, pidiéndole perdón con lágrimas y disculpándose, y aunque se llegó toda la plaza para ponerlo en razón, él la tuvo tan poca, que al humillado a sus pies le dio una bofetada en medio de tanta publicidad» (BAC. Obras completas P. Ávila).

Este es un verdadero ejemplo de la gran humildad del Santo Ávila. Este Santo fue el que convirtió a muchas personas célebres, como doña Sancha Carrillo, San Juan de Dios, la condesa de Feria, etc., y de él son estas palabras: «Lo que más sirve al oficio de predicador es la ciencia y la elocuencia, es decir, saber las cosas que se han de predicar y saber cómo se deben explicar...» «La intención de muchos es agradar más a los oídos que herir los corazones, y desear más las alabanzas del pueblo que la gloria de Dios... El fin de la elocuencia es persuadir con eficacia, y la persuasión no se logra con sólo palabras...».

Otros ejemplos de predicadores célebres, de los que podíamos decir algo, son los de *San Bernardino* o la palabra llena de gracia, el *Padre Antonio María Claret, el Padre Tarín,* etc.; pero basten los expuestos para reconocer que los santos siempre predican bien, y deber de todo predicador es imitarlos y el deber de los fieles es escuchar con atención las palabras de Dios y orar para que no falten verdaderos apóstoles de la predicación evangélica.

Conclusión: Nuestro deber es vivir constantemente con la palabra de Dios, bien oyéndola a través de los predicadores sagrados, o bien directamente leyendo con atención la Santa Biblia, porque en ella Dios nos habla y por lo mismo en ella están sus palabras y los mejores sermones.

«Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la practican» (Lc. 11,8).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3
LA PALABRA DE DIOS 7
¿Dónde tenemos ahora contenida esta palabra? 7
La Biblia y su lectura 8
Testimonios de los Santos Padres 11
Excelencia de la palabra de Dios 14
Poder y eficacia de la palabra de Dios 16
Las enseñanzas de Jesucristo 20
Parábola del sembrador y su aplicación 22
1) El poco fruto de la palabra, no depende de Dios 24
2) ¿Dependerá de los oyentes? 24
3) La culpa del poco fruto ¿dependerá del predicador? 29
Qué hay que predicar y cómo hacerse 32
La palabra de Dios es una semilla 35
Recomendaciones de S. Fco. de Asís a predicadores de su Orden 38
¿Quiénes merecen el nombre de «apóstoles de la palabra»? 40

Necesidad de anunciar y de escuchar la palabra de Dios 43
Hay que formar minorías para cambiar el mundo 47

APÉNDICE

Ejemplos de elocuentes predicadores. 51
1º Pablo Séñeri 52
2º San Vicente Ferrer 54
3º El Beato Fray Diego de Cádiz 56
4º Santo Tomás de Villanueva 63
5º San Juan de Ávila 64

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad

La Cruz y las cruces de la Vida. Lo que nos conviene sufrir
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud y sus Problemas
Los Diez Mandamientos, según la Biblia
Los Grandes Interrogantes de la Religión expuestas con claridad
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores
Los Males del Mundo y sus remedios
Los Últimos Tiempos. ¿Se están cumpliendo las profecías?
El más Allá. La existencia de la vida futura
El Diablo anda Suelto. Su existencia
La oración, su valor. ¿Es fácil orar?
El valor de la Fe, o el fundamento de la Fe
El Padrenuestro, es la mejor oración
El Pueblo pide sacerdotes Santos, no vulgares
El Dios desconocido. Tratado sobre sus perfecciones
El Camino de la Juventud. Consejos a los jóvenes
El Niño y su Educación. Cómo educarlos
El Mundo y sus Peligros, y cómo debemos defendernos
El Corazón de Jesús, quiere reinar por amor
Diccionario de Espiritualidad, bíblico-teológico, 336 pág.
Historia de la Iglesia, síntesis de lo más importante
Vida de San José, muy devota e ilustrada
Pedro, primer Papa. Fue elegido por Jesucristo
Flor de un Convento. Vida admirable de una muchacha
Florilegio de Mártires, de la última cruzada
Somos Peregrinos, vamos de camino al Cielo
Vamos de Camino, hacia nuestra patria de arriba
Tu Camino. ¿Has pensado en tu vocación?
Misiones Populares. Reflexión, sobre las verdades eternas
De Pecadores a Santos. Cómo podremos conseguirlo
Pecador, Dios te espera, no esperes más a convertirte
Joven Levántate y aprende a combatir las pasiones
Tu conversión, no la difieras, podrías no tener tiempo
Siembra el Bien. Se amable y comprensivo
Lágrimas de Oro, o el problema del dolor
No Pierdas la Juventud. Consejos a los jóvenes
Siguiendo la Misa. Cómo debemos oirla bien
Visitas al Santísimo Sacramento, para todos los días
El Valor de la Limosna, solo lo sabremos en el Cielo
La Acción de Gracias después de la Comunión